

Eddie Iván Torres Leal* 



Resumen

Vocación y adolescencia son conceptos trabajados como mitos que sirven –desde la educación– para afianzar y perpetuar un estado de cosas acorde a la normalización y la eficiente distribución del trabajo. Primeramente, la adolescencia se aborda como un dispositivo que encuentra su materialidad en la psicología (Piaget), la pedagogía y el ideario popular para generar una sobre determinación discursiva en la juventud, a manera de catalogarla y estigmatizarla; aparece también el mito de la vocación, que solidifica la idea de que los adolescentes deben ser vigilados y sus acciones controladas, a fin de que sean encaminados hacia la vida “correcta”, que sería el modo de vida adulto, que obedece principalmente a una adaptación al modo de producción dominante. Este ensayo tiene su base en el trabajo arqueológico que realizaron Emmanuele y Capelletti sobre el mito de la vocación, y en los análisis hechos sobre adolescencia desde la categoría discurso pedagógico.

Abstract

Vocation and adolescence are approached as myths that contribute – through education – to consolidate and perpetuate a particular state of affairs in accordance with the normalizing process and the efficient division of labor. Primarily, in order to categorize and stigmatize it, adolescence is addressed as a device which finds its material quality within Psychology (Piaget), Pedagogy and popular thinking to produce a non-discursive determination in the

teenagers. Vocation, on the other hand, is a myth that strengthens the idea that adolescents should be watched and their actions controlled so that they are guided towards the “correct” path – the adult way of living, which essentially obeys an adaptation of the dominant model of production. This essay is based on Emmanuele and Capelletti’s archeological work on the myth of vocation, and on the investigations about adolescence from the point of view of pedagogic discourse.

Palabras clave: Adolescencia, vocación, discursos, educación.

Key words: Adolescence, vocation, discourses, education.

Presentación

En el tránsito de mi vida académica y profesional he tenido numerosos encuentros con la adolescencia, desde la lectura y principalmente desde el trabajo directo, ya sea como docente de educación secundaria en México, trabajando en programas de promoción social en Argentina o como investigador a nivel maestría y actualmente a nivel doctorado. Dentro de todo este modesto camino con jóvenes de nacionalidades diferentes –e incluso– de distintas edades (de 12 a 17 años), he podido notar algo relevante en todos, que viven rodeados de prejuicios, desde el resto de la sociedad hacia ellos como, inclusive, entre sí mismos, que están arraigados a un uso dominante del pensar y del ser pensados, así como la forma de encarar el trabajo respecto a su propio futuro. Otra cosa interesante que se ha podido apreciar es la idea de incertidumbre en el futuro, que no es exclusiva de ellos, pero que en esta etapa adquiere un peso importante, aun con los que tienen condiciones de vida más fuertes en su contra, como podrían ser los que se encuentren en un instituto de carácter penitenciario o los que viven en condiciones de pobreza, maltrato y discriminación, todos miran con expectativa y angustia la idea del porvenir, del paso a la vida adulta, necesidad de pensarse así que es impulsada no por ellos mismos ni de forma natural o fortuita, sino de una disposición que se ejerce desde la palabra y la acción por parte del medio social y se manifiesta en los actores educativos que intervienen en ellos.

En el abordaje de las temáticas de la tesis en curso denominada “Educación y valores de la postmodernidad. Un estudio desde el pensamiento de los adolescentes”, que se desarrolla en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina, he tenido diversos encuentros teóricos y reflexivos que han conducido a nuevas formas de leer la realidad, más aun sobre los conceptos que cotidianamente parecieran inamovibles. Entre estas

reflexiones el concepto adolescencia ha llegado a ser fuertemente cuestionado, desde su perspectiva histórica hasta sus implicaciones políticas, y entre indagaciones al respecto el término vocación está muy enlazado y también es sometido a críticas.

Introducción

Lo que pretende este ensayo es cuestionar dos mitos impuestos: vocación y adolescencia, conociendo su lógica científica y, sobre todo, cuestionando su uso en las relaciones sociales y sus consecuencias que llevan al ser considerados como encrucijadas en la vida del ser humano. Un punto de partida básico es el texto *La vocación. Arqueología de un mito*, de Emmanuelle y Capelleti, que “excava” en las relaciones de poder históricas registradas en torno al uso de la vocación para mostrar de ellas las ilusiones creadas desde los diversos órdenes discursivos. A partir de eso, en este trabajo, se busca construir un vínculo reflexivo con el término adolescencia, que ha sido y sigue siendo uno de los ejes que sostienen la tesis de doctorado en curso.

Primeramente, se abordará el tema desde una panorámica que muestre la lógica histórica y política de los conceptos comunes que tienen una aprobación científica, para después despegar al tratamiento de la vocación como una encrucijada impuesta en la adolescencia y por último verificar desde qué ángulos se desarrolla su uso mítico.

I. Consideraciones iniciales

Adolescencia y vocación son términos que tienen un suelo fundado en lo político desde que su uso obedece a relaciones y tensiones que condicionan el actuar de los seres humanos; las personas tienen una subjetividad que está en duda cuando se toma en cuenta que sus determinaciones han sido pensadas previamente por cruces discursivos. Ser adolescente no sólo es un estado biológico, es una condición impuesta, porque, interpretando la forma en que Foucault (1977/2008) define las relaciones de fuerza, argumenta sobre éstas que cualquiera “implica en su momento una relación de poder... y cada relación de poder reenvía... un campo político del que forma parte”. (p. 5) Entonces, la juventud es definida como un campo poblacional, por lo mismo, se circunscribe en las relaciones de fuerza, que por ende manejan un cierto poder, el cual es tratado y distribuido a través de campos políticos que le ayudan a materializarse, y a partir de ahí se le atribuyen definiciones científicas que intentan explicar la actitud y el proceder de los jóvenes.¹

Al analizar qué se busca de los jóvenes y qué se pretende de ellos, la psicología genera claves importantes desde enfoques biologicistas o pragmatistas, como lo hace Piaget, que desde la interpretación de Reimer y Paolitto (1988), quienes analizan el desarrollo moral en el niño y el adolescente según el enfoque piagetano, el cual –según los autores– se basa en John Dewey para asumir la idea de que la educación en valores debe apuntar a un “respeto por las reglas y un sentido de solidaridad con su sociedad” (p. 41), como si la finalidad se tuviera que consignar al ingreso de la juventud a un mundo de reglas. Desde aquí se asoman los fines preventivos, y esta idea se refuerza en palabras del mismo Piaget (1969/1981), que en su obra *Psicología y pedagogía* menciona que el problema cardinal de la pedagogía contemporánea es “formar individuos capacitados para la invención y hacer progresar a la sociedad de mañana” (pp. 35–36), así fortalece la idea de proyectar siempre desde una visión a futuro y creer en las relaciones pedagógicas como acciones de adaptación al mundo, del que faltaría entonces ver desde qué mundo y qué definiciones de mundo es que se desea moldear.

Una idea contundente la explica el mismo autor en su libro *Seis estudios de Psicología* (1954/1995), en donde explica, de forma más clara, las relaciones sociales que se derivan de las fases del pensamiento (estadios), asimismo, la adolescencia (operaciones formales) queda definida como una etapa en la que el desarrollo cognitivo va acompañado de implicaciones sociales fuertes en la forma de pensar y actuar de los jóvenes, aflorando la actitud problemática, el deseo de cambiar al mundo y la extravagancia. Ante ello, establece afirmaciones que muestran que las cosas que se manifiestan como solución a esa forma de ser “problemática” descansan en la idea de encontrarse en el mundo real, es decir, la salida del estado de conflicto al que se acusa a la adolescencia radica en que la “auténtica adaptación a la sociedad se llevará a cabo... cuando el adolescente cambie su papel de reformador por el de realizador” (p. 92), entonces, siguiendo este juicio, se trata del momento en que el joven se inserte a la lógica del trabajo, en una vida laboral acorde a un sistema económico prescrito, el cual lo sacará de las “creaciones ilusorias” que se adjudican a la juventud, y por eso se considera que “el trabajo efectivo y seguido, a partir del momento en que es efectuado en una situación concreta y bien definida, hace que todos estos sueños se desvanezcan” (Piaget, op. cit., p. 92). El encuentro de sí mismos (adquisición de la vocación) es la clave –según este enfoque– para proyectarse a una vida plena en un mundo real, de ahí que la adolescencia sea considerada como un momento coyuntural, y la conducción vocacional sea planteada como una encrucijada.

II. La adolescencia como encrucijada

El ser humano lleva consigo un sinnúmero de creencias y formas de leer la realidad mediatizadas por determinaciones previas que se desarrollan en la sociedad como un conjunto

de intereses asociados a la lógica de conveniencias superiores; entonces, desde la perspectiva del adolescente, él solo puede entenderse a sí mismo como la forma en que se pensó que debía definirse a través de la internalización de un discurso que lo coloque dentro de esa rúbrica, como señala Emmanuele (1993) en un artículo publicado en el sitio virtual datavoc.com: “ningún humano puede otorgarse a sí mismo aquellas identificaciones que lo constituyen como tal”, entonces, la juventud se auto convence de lo que es y del concepto que cabe a su enunciación y situación en la medida que hubo previas definiciones y determinaciones sobre él, de tal forma que necesita “del reconocimiento de otro que mediatice caminos de acceso al orden simbólico; otro que a través de la mirada corrobore su semejanza especular; otro que a través de la palabra lo nombre” (Emmanuele, op. cit.). Así tenemos a una comunidad científica que en el plano de lo psicológico y lo pedagógico ha trabajado un discurso pleno, a la par de un sistema que enfoca políticas públicas acorde a ese discurso, y familias y otras instituciones que hacen mención y le dan vida en el uso cotidiano.

La reflexión oscila en la forma que las personas se predeterminan, pero antes de eso son predeterminadas, aun cuando se crea que todo ser humano es dueño absoluto, inequívoco y patente de sus ideas, aun cuando el contacto directo con los objetos naturales pareciera ser una apropiación transparente y pura, hubo una lógica que discurrió sobre esas cosas y se metió en un tejido que mediatiza ese contacto. En el libro Educación, salud, discurso pedagógico (1998), Emmanuele deja ver cómo desde el enfoque foucaultiano [2] las palabras llevan un valor mediado previamente:

La palabra sustituye a las cosas y, por lo tanto, permite desprenderse o alejarse de los objetos. Nombrar algo o alguien conlleva la posibilidad de admitir su ausencia en virtud de que la palabra evoca su presencia. Pero antes de poder hablar, el humano es hablado por un discurso ajeno, desde el deseo de otro que lo reconoce en su subjetividad, lo designa, lo demanda (p. 53).

La ilusión de la subjetividad corre con fuerza, aún cuando ésta se desenvuelve en un plano superficial, es decir, las ideas que circulan en los individuos difícilmente se podrían decir que son subjetivas, pues le anteceden tradiciones y cosmovisiones atadas a relaciones de poder, lo que indica que hay un discurso previo que interviene en la relación de las palabras y los objetos; en esas relaciones es donde se encuentran los mitos.

III. Mito y vocación en la adolescencia

En el libro *La Vocación. Arqueología de un mito* (2001) se aborda el tema de los mitos desde una perspectiva que los asocia a las significaciones sobre las que se piensa el mundo, en este sentido, se rebasa la idea del relato simple estancado en la crónica y se entiende a éste como algo que vive y da vida a las sociedades. En palabras de los propios autores se menciona que es “una visión de la realidad que compromete al hombre mismo en la construcción histórica de sus propios supuestos culturales” (Emmanuele y Capelletti, p. 24). Lo que marca una lógica de determinaciones que conducen las lecturas previas de la realidad al contacto de un sujeto con la misma.

Los mitos no sólo se alimentan de creencias anidadas en contextos informales, también en los campos académicos se inscriben, como es el caso de la psicología, que contribuye a la idea de entender al adolescente cargado de carencias y muy propenso a la maldad y el conflicto. Sobre la vocación, el conocimiento psicológico crea una misma función porque forma pautas de entendimiento de la vida a partir de una revelación, y trabaja en los ámbitos pedagógicos conforme a ese relato, el de encontrarse a sí mismo, siendo entendido este encuentro como una inserción al mercado laboral:

Sin duda alguna, el campo disciplinar de la psicología ha contribuido de muy diversos modos en el histórico tejido de estas producciones del discurso científico. ¿Acaso no se alude a una supuesta autonomía del yo que se descubre mediante la revelación del mandato vocacional? Descubrimiento, revelación y obediencia se anudan bajo formas discontinuas desde aquel antiguo y sagrado mito de la vocación. (Emmanuele y Capelletti, op. cit. p., 37)

No es nada raro encontrar en el ideario popular el término vocación, y cuando se concentra en espacios de trabajo propios de ésta, se hace uso de ella como la orientación al descubrimiento de sí mismo, pero ¿a qué refiere este descubrimiento si la orientación vocacional no es más que las estrategias para entenderse dentro del campo profesional de las ocupaciones remuneradas? Si a eso se refiere, entonces la vida, y el sentido de ésta es entendido en torno a la lógica del empleo y la producción. De nuevo circulan líneas de poder, porque conducen la vida hacia un entendimiento de la misma y hacia acciones que marcan el beneficio de una lógica social, que es la lógica productiva, de ahí que la docilidad sea procurada, más en una etapa coyuntural como la adolescencia, en la que su educación se concibe como un amansamiento, entonces la vocación en la adolescencia encaja perfectamente dentro del discurso, no sólo porque ambas son vistas como coyunturas o porque encuentran en la psicología el campo disciplinar ideal para legitimarse y en la institución escuela los dispositivos de materialización, también porque ambas surgen de ideas míticas que se forman a partir de ilusiones que surgen de una fuerte tradición enraizada y vívida en la sociedad. Además se habla de que la etapa adolescente es la ideal para el descubrimiento de la vocación, como forma de adentrar al joven al mundo de los adultos, que se entiende como el de la madurez y el comportamiento idóneo, como se expresa en la siguiente cita:

...ilusión y vocación se enlazan vinculadas a la sujeción social... la creencia en la existencia tangible de una vocación ofrece resguardo frente a la incertidumbre que genera la búsqueda de un futuro sitio y posición a ocupar en un mundo supuestamente adulto, cuya cultura regula la producción de bienes mediante la apariencia de una eficiente distribución del trabajo (Ibid. Emmanuele y Capelletti, p. 49).

Se trabaja de nuevo con la idea ilusoria de que la gente mayor es la que sabe y por ende es la que debe llevar las riendas de la vida social, por eso mismo, es la que está facultada para la toma de decisiones. Bajo esta perspectiva, el acompañamiento de un adulto sobre el joven adolescente se auxilia del discurso pedagógico para su manejo y en éste se encuentra la orientación vocacional, vista como la conducción necesaria y pertinente para tal cometido. Aunque ya se sabe que esto lleva consigo mucho más que un seguimiento en el ciclo de vida, es la encomienda que conduce a gobernar los cuerpos con antelación, pues “docilidad y rendimiento; obediencia y aptitud; control y capacidad; sociedad e individuo; ensamblan en la utilidad de una abnegada moral: la vocación de servicio” (Ibid. Emmanuele y Capelletti, pp. 67–68). Pareciera que introducirse a la vocación es colocarse en el papel de mártir que hace todo en pos de la madurez social.

En la adolescencia se dice que es necesario un acompañamiento de esta índole, más aún cuando se ha concebido esta etapa como un momento en la vida de interpelación:

La significativa búsqueda de lo propio conlleva –en esa encrucijada adolescente– a interpelar y a revisar todo lo dado, en una reedición de percepciones de extrañamiento frente a las cosas familiares desde siempre; frente al cuerpo real autorizado en su sexualidad únicamente por la biología; frente al nombre que por impuesto se reniega (Emmanuele, 1991).

Ante esto, si los discursos que sobredeterminan a las personas son asumidos por la comunidad –incluso por los jóvenes–, bajo la idea de que la “rebeldía” es un camino imprescindible para la adolescencia, entonces más éxito y resonancia tendrá en la sociedad una educación vocacional que busque el yugo y el aplacamiento de esos “impulsos alocados”.

La crisis se plantea desde diversas perspectivas y se coliga a la etapa adolescente desde la forma en que ésta es caracterizada; así Erickson (1972) entiende la identidad como la idea de tener conciencia de sí mismo, lo que implicaría que no tenerla trae consigo un estado

complicado, como se puede entender en el siguiente párrafo:

“Es un sentido de continuidad e igualdad personal, pero es también una cualidad del vivir no–consciente–de–sí–mismo, como puede ser tan espléndidamente manifiesto en un joven que se ha encontrado a sí mismo, a medida que ha encontrado su dimensión comunitaria” (p. 11).

Con esas palabras se le da legitimidad al discurso que ensalza el hecho de que el encuentro consigo mismo (la vocación) es encontrarse con lo que espera el mundo maduro sobre la persona, que se puede concebir como el “bien actuar” o “bien conducir la vida”, pero ¿qué será esto de conducir la vida? Desde la perspectiva de la orientación vocacional se puede entender claramente en la siguiente cita:

“La vocación bien orientada ha permanecido históricamente amarrada a la revelación divina, al bien, a la razón, a la certidumbre del ser, a la salud, a lo normal propio de la norma prescripta, ya que se trata de la superficie de una razón de ser fundada en un supuesto bien hacer.” (Ibid. Emmanuele y Capelletti, p. 54)

Nuevamente se remoja esta idea: se orienta hacia el bien; entonces la vocación se auto define como ese “encuentro revelador”, y la adolescencia es ese punto o encrucijada en donde descansa fuertemente el trabajo pedagógico de conducción, y también dicho trabajo se nutre de un discurso asociado a la productividad en una sociedad de mercado.

IV. Conclusiones

Como se había marcado desde un principio, este trabajo maneja reflexiones que se trabajan en una investigación de tesis hecha acerca de la adolescencia, vista como un dispositivo que bajo la psicología encuentra su fundamentación para contrastar a la juventud con la adultez, y así etiquetar a la primera como inmadurez y fuente de las actitudes problemáticas, mientras que a la segunda se le ensalza con el mote de la sensatez. Este escenario de polaridad pone en acción ciertos dispositivos que dan cabida a una psicología educativa y una pedagogía que trabajan sobre juicios previamente fundados y asumidos por familias y jóvenes que se apropian de los estereotipos y actúan conforme a ellos en una sociedad que en general transporta las vertientes de solución a los problemas sociales al mal comportamiento del joven y deja del lado aspectos fundamentales para el análisis.

En esto, la vocación vista como un mito forma parte crucial en el análisis, no sólo porque se crea la idea de que la etapa adolescente es la adecuada para que el joven “encuentre su camino”, también porque emplea una manera de conducir las reflexiones con base en ilusiones, es decir, lecturas y percepciones de la realidad mediadas por discursos que las atraviesa y las mueven, al grado de generar un control en las palabras y las acciones. Para el caso de la juventud, el argumento de que la madurez se entiende como el comportamiento asociado a la gente de mayor edad, y que su contraparte la inmadurez, aluda al comportamiento del joven, propicia una crítica general en la que alguien queda catalogado de inmaduro, refiriéndose propiamente a este señalamiento como un defecto, por ende, para el imaginario social, a la juventud se le asocia ipso facto con un comportamiento defectuoso, y como todo lo que está descompuesto necesita reparación, ahí es donde se dice que deben intervenir los considerados maduros, y asimismo, es donde la pedagogía y la orientación vocacional son usadas como mecanismos para la adaptación social. Adaptarse es ser funcional a un sistema, es decir, al capitalismo, porque el uso de la vocación como conducción de la vida significa que ésta se acota al campo laboral, es decir, sólo se encuentra una revelación vital hasta que se adapte la persona linealmente a la sociedad de producción, que también es la del consumo, la del individualismo, la del hedonismo. Madurez es ser útil, y ser útil es haber perdido la capacidad de soñar.

Pero la vocación no sólo se usa en las escuelas, también está presente en la vida misma, en los espacios penitenciarios, en hospitales, y cualquier lado donde se hable de corrección, porque orientar llevará a prevenir, y la idea preventiva que se tiene es la de ubicar en el puesto que corresponde a las personas a fin de preservar un orden establecido, de ahí es que en la cotidianeidad se hable de la rebeldía vinculada con el “desorden” y la “pérdida de la cordura”. Ahora toca hacer una redefinición sobre el trabajo educativo en todos los espacios donde se realice, desde una familia hasta una escuela o un programa de promoción social, para problematizar la práctica y entender hasta qué medida se siguen los impulsos de la inercia social que conduce a creer que las prescripciones sobre los sujetos deben ser congruentes con una línea establecida de vida, y hasta donde el educador sigue convirtiéndose en un vigilante de las conductas y las acciones.

Bibliografía

Emmanuele, Elsa S., 2001, “Adolescencia, crisis y discursos sociales”, Consultado el 21 de mayo de 2008, Datavoc.com, en <http://www.datavoc.com/orientadores/articulo09.php> .
_____, 1998, *Educación, salud, discurso pedagógico*. Buenos Aires, Novedades Educativas.
_____, y Capelletti, Andrés, 2001, *La Vocación. Arqueología de un mito*. Buenos Aires, Lugar Editorial.

- Erikson, Erik H., 2007, *Sociedad y Adolescencia*. México, Siglo XXI Editores, Vigésima edición en español,
- Foucault, Michel, 1977/2008, “Las relaciones de poder penetran en los cuerpos”, Consultado el 14 de junio de 2013, “Dudemos del progreso”, en http://ar.groups.yahoo.com/group/dudemos_del_progreso/files/
- _____, 1988, *Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión*, Madrid, España, Siglo XXI editores (14ª edición).
- Hersh, R., Reimer, J., Paolitto, D., 1998, *El crecimiento moral, de Piaget a Kohlberg*. Madrid, Narcea.
- Piaget, Jean, 1969/1981, *Psicología y Pedagogía*, México, SEP/Ariel.
- _____, 1995, *Seis estudios de Psicología*. Colombia, Editorial Labor. Cuarta edición en Colección Labor.

Notas

¹ En este trabajo se habla de jóvenes y adolescentes de manera indistinta, no quiere decir que estrictamente signifiquen lo mismo, pero para fines de la idea de este artículo, la categoría adolescencia y su construcción social impuesta que se aborda críticamente coincide con la finalidad de ejercer acciones de dominación sobre la juventud en general. Aunque juventud sea un marco más amplio que adolescencia, este caso el uso del término adolescente es un precedente para legitimar el control sobre los jóvenes.

² Se le nombra así porque refiere sus reflexiones a los contenidos teóricos propuestos por Michel Foucault (1926–1984), quien estudió los mecanismos de control social desde diversos factores, entre ellos el discurso como categoría de análisis, Desde el estudio realizado por Foucault (1975/2008) en “Vigilar y castigar” las redes del poder operan en sus múltiples facetas, de forma que un discurso no se ancla en un espacio determinado congruente con su carácter institucional y señala muchos otros, como en “el taller, en el ejército, en la escuela reina una verdadera micropenalidad del tiempo... de la actividad... de la manera de ser... de la palabra... del cuerpo... de la sexualidad...” (p. 208) Es decir, todos los elementos de exclusión propios del discurso aparecen concebidos en cada espacio que se dota de dispositivos diversos.

* Es licenciado en Educación Media con especialidad en Ciencias Sociales por la Escuela Normal del Estado de Querétaro. Maestro en Ciencias de la Educación en la Universidad Autónoma de Querétaro, y es estudiante del Doctorado en Humanidades y Artes con Mención en Ciencias de la Educación en la Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Becario doctoral por el CONICET en Argentina, radicando la investigación en el Instituto Rosario de Investigación en Ciencias de la Educación (IRICE). Para comunicarse con el autor escriba

a: aztlan_cotatl@hotmail.com .

Imagen en: Boletín Informativo [CIEE](#)